



Fotografía: Gabriel Huerta Tamayo

Un viento llamado Francesca Gargallo

EDUARDO MOSCHES

Todo inició en Sicilia. Tierra rebelde ante el poder absoluto. El aliento inconforme estaba en los olivos de la isla. Pero estaba también en Roma. Ahí estudió, discrepó, pasó por la academia y, ya entrando los fértiles veinte años, como buena navegante siciliana, enfiló su barca personal hacia tierras americanas. Su viento siguió moviendo vidas. Se encontró en tierras nuevas con enormes retos para conocer y desentrañar. Decidió, con la inusitada rapidez de acción que la caracterizaba, tomar el español como su lengua de escritura en ficción, poesía, ensayo. La lengua italiana la recluyó para el espacio de la familia y los amigos italianos. Escribiendo, dando clases y peleando intensamente contra el patriarcado y sus secuelas, enarbolaba un feminismo de embate y participación popular. No se adhirió al concepto del empoderamiento femenino: lo visualizaba como una acción

que es una aparente solución individual, no social, colectiva y gregaria. Las relaciones humanas eran para ella el gran espacio activo de la existencia. Viajar por el México profundo, hablar con la gente de un pequeño pueblo norteño, ahondar entre realidades dolorosas y viejos papeles de archivo, marchando en tierras secas, provistas de angustia y afectos. Salir de los desiertos para adentrarse en la selva, con sus sonidos, ruidos, desgracias y tumba-árboles. Viajar era romper los límites de las fronteras, pasar por Belice, ahondar y descomponer el desconocimiento sobre esa parte multilingüe del continente. Fue parte de su tarea. Se encaminó y se ahondó en sus desconocidos espacios. La vida la hace madre y su hija, Helena, es activa participante en los viajes al desierto mexicano y a otros en distantes países, y hace su aparición en las novelas y los cuentos. Ahí está, es su testigo activo. Así lo dice Francesca:

Mi hija se pega a mi cuerpo, se trepa a mi oído. Así nos decimos secretos. Te quiero; te quiero es nuestra confianza mayor, la clave para acceder a la intimidad. Y te quiero me mueve las entrañas, me toma en la boca del estómago, a la vez me quita la respiración y me la insufla, es placer y pánico. Abracé su cuerpecito que se duerme seguro en mi pecho; mientras paso mi mano por su espalda flaca, me brota un lamento, una de esas roncas canciones de cuna que todas las mujeres del sur sabemos desde siempre. Canté toda la noche.¹

En sus narraciones, como las del libro *Manantial de dos fuentes*, hay personajes que presentan con cierta claridad su visión de mundo y, a veces, las dificultades de comprensión y acción; demuestran que nada puede ser lineal: su descubrimiento de las sexualidades, su actuar como mujer independiente enfrentando patriarcados culturales y literarios. Aquí dejo una pizca literaria:

La cultura nacional puede ser una coartada perfecta para no asumir responsabilidades frente al cambio de nuestras actitudes, lo regañó en broma Mariana. Imagínate, como italiana, yo debería pasármela robando a cuanto amigo me rodea y gritando y moviendo las manos para repetir tópicos que ya eran comunes en el siglo XVII. Debería decir que añoro la cocina de mi mamá. Afirmar que estoy en crisis [...] Me niego a no reír, a no bailar, a no atreverme, de la misma manera que niego el supuesto de la inferioridad femenina o de la imposibilidad de nuestra relación. Cada persona que rompe con el rebaño, aún sin proponérselo, le demuestra a esa misma manada que cada uno de sus componentes puede hacerlo también.²

Fue fundadora y partícipe de las carreras de Literatura y Creación Literaria y de Filosofía e Historia de las Ideas de la Universidad Autónoma de la Ciudad de

¹ *Marcha seca*, México, Era, 1999.

² *Manantial de dos fuentes*, Morelia, Instituto Michoacano de Cultura, 1993.



México. Decidió dejar la institución después de diez años de actividad. Su trabajo como investigadora del feminismo se ve representado en sus libros publicados en nuestra universidad: *Ideas feministas latinoamericanas* y *Feminismos desde Abya Yala / Ideas y proposiciones de las mujeres de 607 pueblos de nuestra América*. Sus largos viajes por el continente, su diálogo a lo largo del tiempo con mujeres que construyen desde su realidad un pensamiento acerca de las formas de ser mujeres y de su papel político –con énfasis en Centro y Sudamérica–, la llevaron a acercarse a mujeres activistas populares y feministas, lejos de la academia. Por otro lado, una amistad muy cercana y muy querida fue con Berta Cáceres, una importante líder indígena, activista y defensora ambientalista de Honduras, que fue asesinada en 2016 por un acuerdo *de facto* entre transnacionales y el ejército de su país. A pesar de su reconocida y simbólica sonrisa, la tristeza invadió a Francesca con suma intensidad. El asesinato persistente de mujeres y activistas es parte de una actitud generalizada de los estados llamados nacionales en América Latina. Confluyen los intereses económicos del gran capital, con la visión patriarcal que desprecia a la mujer como ser social y humano.

El viento sopla, y susurra...

Dejar que sus textos hablen es mi intención en este sencillo homenaje a la querida Francesca Gargallo. Cerraré con un poema de *Se prepara a la lluvia la tarde*. En lo que podemos leer en ese libro vislumbramos una historia personal que los poemas mismos hacen historia colectiva:

Nací viajera
sombra de un tren sobre las zarzadoras
huella de barco.
Me vive lo que todavía desconozco y lo ya recorrido
el aire brioso de los Andes
el mar Caribe
la noche en una ciudad de invierno.
Entonces tomo la mano que pinta las calles,
le ordeno un cartel que se vea desde muy lejos:
La calle es de quien la camina,
las fronteras son asesinas.
Ahorro peso sobre peso y una primera mañana
giro la manija, cierro despacio la puerta
y me voy con el tiempo del paso
sobre el suelo de todas.³

El viento sigue creando tormentas en el pensar y en el sentir. Hasta pronto, Francesca.

³ “La calle es de quien la camina”, en *Se prepara a la lluvia la tarde*, México, Ediciones Corcon (Corte y Confección), 2011.